

IGUALITARISMO Y LAS ELITES

Murray N. Rothbard

Publicado originalmente en el [Review of Australian Economics](#), Vo1.8, No. 2 (1995): 39-57.

Disponible en inglés en [formato PDF](#).

Disponible en español en [formato PDF](#).

Índice

1. La supuesta verdad manifiesta de la igualdad
2. ¿"Igualdad" en qué?
3. La nueva elite coactiva
4. La ley de hierro de las oligarquías.
5. Institucionalizando la envidia.
6. El nuevo igualitarismo grupal.
7. La nueva elite igualitaria.
8. Notas.

La supuesta verdad manifiesta de la igualdad

Una de las más grandes glorias de la humanidad es que, a diferencia de otras especies, cada individuo es único y, por lo tanto, insustituible; cualesquiera sean las semejanzas y los atributos comunes entre los hombres, son sus diferencias las que nos llevan a honrar, celebrar o deplorar las cualidades o acciones de una persona en particular¹. Es esta diversidad, esta heterogeneidad de los seres humanos uno de los atributos más destacados de la humanidad.

Esta heterogeneidad fundamental es lo que hace más curioso el penetrante ideal moderno de la "igualdad". Pues "igualdad" significa "equivalencia" --dos entidades son "iguales" si y sólo si son la misma cosa. $X = y$ sólo si son idénticas o son dos entidades que son lo mismo en algún atributo. Si x , y y z son "iguales en longitud", eso significa que cada una de ellas es idéntica en longitud, por ejemplo 1 metro. Entonces, la gente sólo puede ser "igual" en tanto es idéntica en algún atributo: por lo tanto, si Smith, Jones y Robinson miden cada uno 1,80 m de altura, entonces son "iguales" en altura. Pero excepto en esos casos especiales las personas son heterogéneas y diversas, es decir, son "diferentes". La diversidad y, por lo tanto, la desigualdad son entonces hechos fundamentales de la raza humana. De manera que, ¿cómo explicamos la casi universal adoración contemporánea en el templo de la "igualdad", tanto así que prácticamente ha borrado otros fines y principios éticos? Y encabezando este culto han estado filósofos, académicos y otros líderes y miembros de las elites intelectuales, seguidos por la tropa entera de "formadores de opinión" de la sociedad moderna, incluyendo expertos, periodistas, ministros, maestros de escuelas públicas, consejeros, asesores de relaciones humanas y "terapeutas". Y sin embargo, debería ser casi evidentemente claro que el esfuerzo en búsqueda de la "igualdad" viola flagrantemente la naturaleza esencial de la humanidad y que, por tanto, sólo se puede perseguir, mucho menos intentar lograr, mediante el uso extremo de la coacción.

La veneración actual de la igualdad es, de hecho, una noción reciente en la historia del pensamiento humano. Entre filósofos o pensadores prominentes, la idea apenas existía antes de mediados del siglo XVIII; si era mencionada, sólo se hacía como objeto del horror y la burla². La naturaleza profundamente anti-humana y violentamente coactiva del igualitarismo fue claramente mostrada en el altamente influyente mito clásico de Procrustes, quien *forzaba a los viajeros a acostarse en una cama y si eran muy largos les cortaba aquellas partes del cuerpo que sobresalían, mientras que a los que eran más pequeños les estiraba las piernas. Por eso se le daba el nombre de Procrustes [el estirador]*³.

Uno de los pocos filósofos modernos críticos de la igualdad argumentó que *podemos preguntar si un hombre es tan alto como otro o podemos, como Procrustes, buscar establecer al respecto la igualdad entre todos los hombres*⁴. Pero nuestra respuesta fundamental a la pregunta de si existe igualdad en el mundo real debe ser,

claramente, que no y cualquier intento de "establecer la igualdad" sólo puede desencadenar las grotescas consecuencias de cualquier esfuerzo Procrusteano. Entonces, ¿cómo no vamos a considerar el ideal Procrusteano de la igualdad como nada más que monstruoso y antinatural? La siguiente pregunta lógica es ¿por qué Procrustes elige perseguir tal inhumano objetivo y que sólo puede guiarnos a desastrosos resultados?

En el contexto del mito griego, Procrustes sólo persigue un descabellado objetivo "estético", supuestamente siguiendo su propia estrella personal, respecto a que cada persona sea precisamente igual en longitud a la de su cama. Y aun así, este tipo de argumento nulo, esta suposición blanda de que el ideal de la igualdad no necesita justificación es endémica entre los igualitarios. Así, el argumento del economista chicaguense Henry C. Simmons a favor de un impuesto sobre la renta progresivo era que para él la desigualdad de ingresos era *claramente maligna y horrible*⁵. Presumiblemente, Procrustes podría haber usado el mismo tipo de "argumento" en cuanto a la "horrible" naturaleza de la desigualdad de alturas, si se hubiese molestado en escribir un ensayo promoviendo su programa igualitario particular. De hecho, muchos escritores suponen que la igualdad es y debe ser el fin supremo de la sociedad y que apenas si necesita algún argumento de apoyo, ni siquiera un frágil argumento de estética personal. Robert Nisbet estaba y todavía está en lo correcto cuando escribió, hace dos décadas, que

es evidente que (...) la idea de la igualdad será soberana en lo que queda de este siglo en prácticamente todos los círculos relacionados con las bases filosóficas de la política pública (...) En el pasado, las ideas unificantes tendían a ser de naturaleza religiosa. Ciertamente hay señales de que la igualdad se está transformando en un aspecto sagrado entre muchas mentes hoy en día, que está adquiriendo rápidamente un carácter dogmático, al menos entre muchos filósofos y científicos sociales⁶.

El sociólogo de Oxford A. H. Halsey, de hecho, era *incapaz de imaginarse ninguna razón, además de 'malevolencia', por la que alguien debiera oponerse a su programa igualitario. Presumiblemente esa "malevolencia" sólo podría ser diabólica*⁷.

¿"Igualdad" en qué?

Examinemos ahora el programa igualitario más cuidadosamente: ¿exactamente *qué* es lo que se debe hacer igual? La respuesta vieja o "clásica" era que debían ser los **ingresos monetarios**. Se suponía que los ingresos monetarios debían hacerse iguales.

Superficialmente, esto parecía de cajón, pero rápidamente surgieron graves dificultades. Así, ¿los ingresos iguales deberían ser por persona o por hogar? Si las esposas no trabajan, ¿debería el ingreso aumentarse proporcionalmente? ¿Debería

forzarse a trabajar a los niños para que estén bajo el manto de la "igualdad", y de ser así, a partir de qué edad? Además, ¿no es tan importante la *riqueza* como el ingreso anual? Si A y B cada uno gana 50.000 \$ anuales, pero A posee un patrimonio total de 1.000.000 \$ y B no posee prácticamente nada, sus iguales ingresos no reflejan en nada una igualdad de posición financiera⁸. Pero si a A se le cobran impuestos más altos debido a esta acumulación, ¿no es esta una penalización extra al ahorro? ¿Y cómo se deben resolver estos problemas?

Pero, aun si dejamos de lado el problema del patrimonio y nos enfocamos en los ingresos, ¿acaso pueden ser igualados *realmente* los ingresos? Desde luego, el ente a ser igualado no puede ser simplemente el ingreso *monetario*. El dinero es, después de todo, sólo un papel, una unidad de cuenta, de manera que el elemento a ser igualado no puede ser un mero *número* abstracto, sino que deben ser los bienes y servicios que pueden ser comprados con ese dinero. El igualitario mundial (y sin duda el verdadero igualitario no puede detenerse en la frontera nacional) no se preocupa con igualar totales monetarios, sino poder de compra real. De manera que si A recibe un ingreso de 10.000 Dracmas anuales y B gana 50.000 florines, el igualitario tendrá que averiguar cuantos florines son en realidad iguales a un dracma en poder de compra, antes que pueda blandir su hacha igualadora correctamente. En pocas palabras, lo que los economistas llaman ingreso "real" y no meramente ingresos monetarios es lo que debe ser igualado para todos.

Pero una vez que el igualitario ha aceptado enfocarse en ingresos reales, se ve atrapado en una maraña de problemas ineludibles e insolubles. Pues, un gran número de bienes y servicios no son homogéneos y no pueden ser replicados para todos. Uno de los bienes que un griego puede consumir con sus dracmas es vivir o pasar un buen tiempo en las Islas Griegas. Este servicio (de disfrutar continuamente de las Islas Griegas) está inevitablemente prohibido para el húngaro, para el estadounidense y para todo el resto del mundo. Similarmente, cenar regularmente en un café al aire libre en la ribera del Danubio es un estimable servicio fuera del alcance de todos los que no vivimos en Hungría.

¿Entonces, cómo se deben igualar los ingresos reales en todo el Mundo? ¿Cómo pueden ser medidos, mucho menos comparados con otros servicios de la ubicación por el igualitario, el disfrute de las Islas Griegas o las cenas en el Danubio? Si yo soy nebrasqueño y las manipulaciones con las tasas de cambio supuestamente han igualado mis ingresos con un húngaro, ¿cómo se compara vivir en Nebraska con vivir en Hungría? El panorama empeora cuando se contempla. Si el igualitario considera que el disfrute del Danubio es de alguna manera superior al paisaje de Omaha o de una granja en Nebraska, ¿exactamente basándose en qué va a gravar el igualitario al húngaro y a subsidiar al resto del mundo? ¿Cómo va a medir en términos monetarios el "valor de cenar en el Danubio"? Obviamente, los estrictos rigores del orden natural le previenen, a pesar de lo mucho que le gustaría hacerlo, mover físicamente el Danubio y parcelarlo equitativamente entre todos los habitantes del

planeta. ¿Y qué de la gente que *prefiere* los paisajes y la vida en una comunidad de granjas nebrasqueñas al ajetreo de Budapest? ¿Quién, entonces, debe ser gravado, quién subsidiado y con cuánto?

Quizás en medio de la desesperación, el igualitario puede retroceder a la visión que la ubicación de cada quien refleja sus preferencias y que, por lo tanto, podemos simplemente suponer que la ubicación puede ser despreciada en la gran reordenación igualitaria. Pero así como es verdad que virtualmente cualquier lugar es amado por alguien, también es cierto que algunas ubicaciones son altamente preferidas a otras. Y el problema de la ubicación ocurre dentro, así como entre países. Es un hecho generalmente aceptado por los residentes, así como por forasteros envidiosos, que el área de la Bahía de San Francisco está mucho más cerca al Paraíso Terrenal -por el clima y la topografía- que, digamos, Virginia Occidental o Hoboken, Nueva Jersey. ¿Por qué es entonces, que estos oscuros forasteros no se *mudan* hacia el área de la Bahía? En primer lugar, muchos de ellos lo han hecho, pero para otros es prohibitivo por el hecho de su tamaño relativamente pequeño, lo cual (entre otras muchas restricciones impuestas por el hombre, tales como leyes de zonificación) limita severamente las oportunidades de migración. Así que, en nombre del igualitarismo, ¿deberíamos pechar con un impuesto especial a los residentes del Área de la Bahía y de otros determinados puntos paradisíacos, para reducir sus ingresos psíquicos de disfrute y luego subsidiar al resto de nosotros? ¿Y qué de verter subsidios en Áreas Sombrias especialmente designadas como tales para, nuevamente, intentar igualar los ingresos reales? ¿Y cómo se supone que el gobierno igualador va a determinar *cuánto* ama la gente en general -y *con más razón* cada residente individual- vivir en el Área de la Bahía y cuánto ingreso negativo sufren por vivir en, digamos, Virginia Occidental o Hoboken? Obviamente, no le podemos *preguntar* a los varios residentes cuánto aman u odian los lugares donde viven, pues los residentes de cualquier área, desde San Francisco hasta Hoboken, tienen todos los incentivos para mentir --para apurarse a proclamar cuánto desprecian el lugar en el que viven.

Y la ubicación es sólo uno de los ejemplos más obvios de bienes y servicios heterogéneos que no pueden ser igualados a lo largo de la nación o el mundo.

Además, aun si la riqueza y los ingresos reales fueran igualados, ¿cómo se igualarían a las *personas*, sus habilidades, culturas y rasgos? Aun cuando la posición monetaria de cada familia fuese la misma, ¿acaso no nacerían los niños en familias con naturalezas, habilidades y cualidades muy diferentes? ¿No es eso --para usar un notorio término igualitario-- "injusto"? Entonces, ¿cómo puede hacerse a las familias iguales, es decir, uniformes? ¿No tiene una "injusta" ventaja un niño que nace dentro de una familia culta, inteligente y sabia, sobre el niño que nace en un hogar deshecho, ignorante y "disfuncional"? El igualitario debe, en consecuencia, presionar más y proponer, tal como lo han hecho muchos teóricos comunistas, la nacionalización de todos los niños al nacer, y su crianza en guarderías legales y

estatales idénticas. Pero, ni siquiera así se puede lograr el objetivo de la igualdad y la uniformidad. El molesto problema de la ubicación seguirá en pie y una guardería estatal en el Área de la Bahía, aunque sea igual en todos los demás aspectos a una ubicada en las tierras remotas del centro de Pensilvania, todavía disfrutará de inestimables ventajas, o como mínimo, diferencias inerradicables respecto a las otras guarderías. Pero aparte de la ubicación, la gente --los administradores, niñeras, profesores dentro y fuera de los varios campamentos-- serán todos diferentes, dándole así al niño una experiencia inevitablemente diferente y desbaratando la búsqueda de la igualdad para todos.

Desde luego, lavados de cerebro apropiados, burocratización y la robotización y banalización del espíritu en los campamentos estatales pueden ayudar a reducir a todos los profesores y niñeras, así como a los niños, a un denominador más común, pero diferencias y ventajas inerradicables seguirán existiendo.

Y aun si, para propósitos del argumento, podemos asumir igualdad general de ingresos y patrimonio, otras desigualdades no sólo seguirán existiendo, sino que en un mundo de ingresos iguales, serán más evidentes e importantes a la hora de evaluar a la gente. **Diferencias de posición, diferencias de ocupación y diferencias en la jerarquía laboral y, en consecuencia, en status y prestigio se harán más importantes, ya que el ingreso o el patrimonio ya no serán calibres para juzgar o clasificar a la gente.** Las diferencias de prestigio entre médicos o carpinteros, o entre ejecutivos y obreros, se harán más acentuadas. Por supuesto, el prestigio laboral puede ser igualado eliminando completamente toda clase de jerarquía, aboliendo todas las organizaciones, corporaciones, grupos voluntarios, etc. **Todo el mundo será entonces igual en rango y en poder de decisión.** Las diferencias en prestigio sólo podrían ser eliminadas entrando en el paraíso marxista y aboliendo toda especialización y división del trabajo entre ocupaciones, de manera que cada quien haría de todo. **Pero en ese tipo de economía, la raza humana se extinguiría con rapidez impresionante⁹.**

La nueva elite coactiva

Cuando confrontamos al movimiento igualitario, comenzamos a encontrar las primeras contradicciones prácticas, no ya lógicas, en el programa mismo: que sus promotores más resaltantes no están para nada en las filas de los pobres y oprimidos, sino que son profesores de Harvard, Yale y Oxford, así como otros líderes de las clases sociales privilegiadas y las poderosas elites. ¿Qué tipo de *igualitarismo* es este? Si se supone que este fenómeno encarna la presunción masiva de una culpa liberal, entonces es curioso que no vemos a muy pocos de esta auto-flagelante elite desprendiéndose de sus bienes materiales, prestigio o condición para ir a vivir humildemente y anónimamente entre los pobres y desposeídos. Todo lo contrario,

no parecen tropezar ni un paso en su escalada hacia la riqueza, la fama y el poder. En cambio, invariablemente se regodean en felicitaciones a sí mismos y a sus similares colegas de la elevada moral en la que se han envuelto a sí mismos.

Quizás la respuesta a este acertijo reside en nuestro viejo amigo Procrustes. Como ningún par de personas es uniforme o "igual" en ningún sentido en la naturaleza, o en los resultados de una sociedad libre, para crear y mantener semejante igualdad es necesaria la imposición de una poderosa elite armada con el devastador poder de la coerción. Pues el programa igualitario claramente requiere de una poderosa elite gobernante para empuñar las formidables armas de la coerción y hasta del terror necesarias para operar el torno Procrusteano: para tratar de forzar a todo el mundo al molde igualitario. Por lo tanto, al menos para la elite gobernante, no hay "igualdad" aquí; sólo vastas desigualdades en poder, toma de decisiones e, indudablemente, de ingresos y patrimonio también.

Así, el filósofo inglés Anthony Flew señala que *el ideal procrusteano tiene, como está destinado a tener, la más poderosa atracción para aquellos que juegan o esperan jugar en el futuro partes prominentes o provechosas de la maquinaria de aplicación [del programa igualitario]. Flew nota que este ideal procrusteano es la ideología unificadora y justificadora de una clase ascendente de asesores políticos y de profesionales del bienestar público, agregando significativamente que estas son todas personas al mismo tiempo involucradas en el negocio de hacerla cumplir [la ideología igualitaria] y que le deben a ellos sus avances pasados y futuros*¹⁰.

Que la consecuencia necesaria del programa igualitario es la decididamente no igualitaria creación de una despiadada elite fue reconocido y adoptado por el sociólogo inglés marxista-leninista Frank Parkin. Parkin concluye que *El igualitarismo parece necesitar de un sistema político en el que el estado es capaz de mantener a raya aquellos grupos sociales u ocupacionales que, en virtud de sus destrezas, o atributos personales o educativos, de otra forma podrían reclamar una parte desproporcionada de las recompensas de la sociedad. La manera más efectiva de mantener dichos grupos a raya es negando el derecho a organizarse políticamente, o de otra manera, socavar la igualdad social. Presumiblemente este es el razonamiento bajo el caso Marxista-Leninista por un orden basado en la dictadura del proletariado*¹¹.

¿Pero como es que Parkin y su clase igualitaria nunca parecen darse cuenta que este asalto explícito sobre la "igualdad social" conlleva a grande desigualdades en poder, autoridad para tomar decisiones e, inevitablemente, en ingresos y patrimonio? De hecho, ¿por qué esta pregunta aparentemente obvia nunca es planteada entre ellos? ¿Podría ser que detrás de esto hay hipocresía o simplemente engaño?

La ley de hierro de las oligarquías

Una razón por la cual un programa político igualitario debe conducir a la instalación de una nueva elite política coactiva es que las jerarquías y desigualdades en el poder de decisión son inevitables en cualquier organización humana que logra cualquier grado éxito en el logro de sus objetivos.

Robert Michels fue el primero en observar esta ley de hierro de las oligarquías, al ver a los partidos socialdemócratas europeos a finales del siglo XIX, oficialmente comprometidos en la igualdad y la abolición de la división del trabajo y en la práctica siendo conducidos por una pequeña elite gobernante. Y no hay nada -- fuera de las fantasías igualitarias-- malo con este hecho humano universal, o ley de la naturaleza. En cualquier grupo u organización va a surgir un núcleo de liderazgo de los más capaces, energéticos y comprometidos con la organización; yo conozco, por ejemplo, una pequeña, pero exitosa sociedad musical voluntaria en Nueva York. Aunque tiene una junta directiva electa anualmente por sus miembros, el grupo ha sido gobernado por años por la benevolente pero absolutamente autocrática mano de su presidente, una dama altamente inteligente e innovadora y que, aunque tiene empleo a tiempo completo en otro lugar, es capaz y está dispuesta a dedicar una gran cantidad de tiempo y energía a la organización. Hace algunos años algunos descontentos retaron su liderazgo, pero el reto fue derrotado fácilmente, ya que cada miembro racional estaba completamente convencido de que ella era absolutamente esencial para el éxito de la organización.

No sólo no hay nada malo con esta situación, sino que ¡bendito sea el grupo en el que ese tipo de persona existe y puede pasar a primera plana! De hecho, en organizaciones voluntarias o de mercado, la subida al poder de los más hábiles y eficientes --la "elite natural", en términos jeffersonianos-- tiene todo de bueno. El voto democrático --en su máxima expresión cuando los accionistas de una corporación votan proporcionalmente a la parte de los activos que poseen-- es sólo secundariamente útil como método para desplazar aristócratas naturales o "monarcas" caídos en desgracia, o en términos aristotélicos, que se han degradado de "monarcas" a "tiranos". El voto democrático, por lo tanto, es aun en su máxima expresión escasamente un bien primario, mucho menos un bien en sí mismo a ser glorificado o hasta divinizado.

Durante un período a mediados de los años 60, la Nueva Izquierda, antes de degenerar en Estalinismo y estrambótica violencia, estaba tratando de poner en práctica una nueva teoría política: la democracia participativa. La democracia participativa *sonaba* libertaria, pues la idea era que el gobierno de la mayoría --aun en una organización privada y voluntaria-- es "coercitivo" y que, por lo tanto, todas las decisiones de semejante organización deben ser despojadas de rasgos de dominio oligárquico. Cada miembro participaría entonces igualmente, y además, cada miembro tendría que dar su consentimiento para cada decisión. En cierto

sentido, esta Regla de la Unanimidad presagió y era análoga a la Regla de la Unanimidad de James Buchanan y de la "economía del bienestar" de Pareto.

Un amigo mío daba clases sobre la historia de Vietnam en la Neo-Izquierdista Universidad Libre de Nueva York, originalmente una organización académica fundada por una joven pareja de sociólogos. La Universidad Libre se propuso gobernarse a sí misma sobre la base de los principios de la democracia participativa. El órgano de gobierno, la junta de la Universidad Libre, en consecuencia, consistía en el "personal" --la pareja de sociólogos-- además de cualesquiera estudiantes (quienes pagaban una modesta matrícula) o profesores (ad honorem) que se molestaran en asistir a las reuniones de la junta. Todos eran iguales, el personal fundador no era más poderoso que cualquier profesor o divagante estudiante. Todas las decisiones de la universidad eran tomadas por la junta, desde los cursos que se impartían, asignaciones de salones, hasta si la universidad necesitaba o no un trabajo de pintura y qué color se debía usar, nunca votando, sino siempre por consenso unánime.

Acá teníamos un experimento sociológico fascinante. No sólo --como era de esperarse-- muy pocas decisiones de cualquier tipo eran tomadas, sino que las "sesiones de la junta" se alargaban infinitamente, de manera que la sesión de la junta se expandió hasta convertirse en la *vida misma* --un tipo de situación *sin salida* sartriana. Cuando mi amigo salía de las perpetuas reuniones todos los días a las 5:00 p.m. para irse a casa, era entonces acusado de abandonar las sesiones y de esa manera "traicionar al colectivo" y a la universidad al intentar vivir algún tipo de vida privada fuera de las reuniones. Quizás es esto lo que tienen en mente los actuales teóricos izquierdistas que exaltan la "vida pública" y las "virtudes cívicas": ¡el abandono de las vidas privadas a favor de las permanentemente flotantes y "cívicamente virtuosas" reuniones colectivas "de la comunidad"!

No nos debería sorprender mucho la revelación que la Universidad Libre de Nueva York no durara mucho. De hecho, rápidamente se degradó de una organización académica a la "enseñanza" de la astrología Neo-Izquierdista, cartas del tarot, gimnasia rítmica y pare usted de contar, a medida que todos los académicos huían del hombre común, o como una Ley de Gresham sociológica en plena acción. (En cuanto a la pareja fundadora, la mujer terminó en la cárcel por intentar sin éxito volar un banco, mientras que el hombre, cada vez más con ojos vidriosos, en una proeza de magia sociológica, se convenció de la noción que la única ocupación moral para un sociólogo revolucionario era la de reparador de radios.)

Durante ese período la teoría educacional Neo-Izquierdista también permeó universidades más ortodoxas a lo largo del país. En aquellos días, la doctrina no era tanto que la enseñanza debiera ser "políticamente correcta", la relación normal profesor-estudiante era malvada por ser inherentemente desigual y jerárquica. Como se supone que el profesor sabe más que el estudiante, entonces la forma de

educación verdaderamente igualitaria y democrática, la forma de colocar al estudiante y al profesor en igualdad de condiciones es eliminar por completo el contenido de los cursos y sentarse en una rueda a discutir los "sentimientos" del estudiante. No sólo son los sentimientos en cierto sentido iguales, al menos en el sentido que los sentimientos de una persona no pueden ser considerados "superiores" a los de otra, sino que esos sentimientos son supuestamente los únicos temas relevantes para el estudiante. Un problema surgido de esta doctrina es, desde luego, ¿por qué deben los estudiantes, o mejor dicho sus largamente sufridos padres, pagar profesores calificados en el conocimiento de la economía, sociología, o cualquier otra cosa excepto en psicoterapia, para ponerse a charlar sobre los sentimientos del estudiante?

Institucionalizando la envidia

Como lo he discutido en otras ocasiones, al impulso igualitario, una vez concedida legitimidad, no se le puede apaciguar. Si los ingresos monetarios o reales son hechos iguales, o si hasta el poder de decisión es igualado, otras diferencias entre las personas se magnifican y se hacen irritantes para el igualitario: desigualdades en apariencia, inteligencia y así sucesivamente¹². Sin embargo, hay un punto intrigante: hay desigualdades que nunca parecen indignar a los igualitarios, a saber, desigualdades de ingreso entre aquellos que proporcionan directamente servicios de consumo; notablemente atletas, actores de cine y televisión, artistas, novelistas, dramaturgos y roqueros. Quizás es esta la razón del poder persuasivo del famoso ejemplo "Wilt Chamberlain" de Robert Nozick en favor de los ingresos determinados por el mercado. Hay dos explicaciones posibles: (1) Que lo mismos igualitarios poseen estos valores de los consumidores y son, por lo tanto, considerados como legítimos, o (2) que excepto por los deportes, estos son campos reconocidos implícitamente como dominados hoy en día por formas de entretenimiento y arte que no necesitan de talento real. Las diferencias en ingresos son, por tanto, equivalentes a ganar la lotería y los que se ganan la lotería son universalmente alabados como "afortunados", sin asociarles envidia alguna por atributos superiores¹³.

El sociólogo alemán Helmut Schoeck ha señalado que el igualitarismo moderno es esencialmente una institucionalización de la envidia. Al contrario de sociedades exitosas o funcionales, en las cuales la envidia es considerada como un sentimiento vergonzoso, el igualitarismo establece una actitud dominante que la *excitación* de la envidia al manifestar alguna forma de superioridad es considerada como el mal mayor. O, como Schoeck lo pone, *el más elevado valor es la "elusión de la envidia"*¹⁴. De hecho, los anarco-comunistas explícitamente buscan la eliminación de la propiedad privada porque creen que ésta es causa de desigualdades y, por lo tanto, de sentimientos de "envidia" y por ellos, es "causa" de crímenes violentos contra

aqueellos que tienen más propiedad. Pero tal como Schoeck señala, entonces la igualdad económica no sería suficiente y debería ser seguida por la uniformidad obligatoria de apariencias, inteligencia, etc.¹⁵ Pero aun en el caso en que todas las diferencias entre individuos pudiesen ser erradicadas de alguna manera, agrega Schoeck, todavía persistiría un elemento irreductible: la mera existencia de la privacidad individual. Schoeck argumenta que *si un hombre realmente hace uso de su derecho a estar solo, la molestia, la envidia y la desconfianza de sus conciudadanos serán estimuladas (...) Cualquiera que se aisle, que cierre las cortinas y pase algún tiempo fuera del rango de observación será siempre visto como un potencial hereje, un esnob, un conspirador*¹⁶. Luego de unos comentarios graciosos sobre la sospecha del "pecado de la privacidad" en la cultura estadounidense, particularmente en la extendida política de las "puertas abiertas" entre los académicos, Schoeck vira hacia el kibbutz israelí y a su amplia y excesivamente adorado filósofo, Martin Buber. Buber mantenía que para conformar una verdadera comunidad, los absolutamente iguales miembros del kibbutz debían tener *acceso mutuo entre sí y estar dispuestos para los otros*. Tal como Schoeck interpreta a Buber: *una comunidad de iguales, donde nadie deba envidiar a nadie no está garantizada por la simple ausencia de posesiones, sino que requiere la posesión mutua, en términos puramente humanos (...) cada quien debe tener siempre para todos los demás y cualquiera que acapare este tiempo, su tiempo libre y su privacidad, se excluye a sí mismo*¹⁷.

El nuevo igualitarismo grupal

Hasta ahora hemos estado discutiendo lo que podría llamarse el igualitarismo "clásico" o Antiguo, destinado a hacer a todos los individuos iguales en algún sentido, generalmente en ingresos o en patrimonio. Pero en años recientes todos hemos estado sometidos a un floreciente y acelerado Nuevo Igualitarismo, que enfatiza no que cada individuo debe ser igual, sino que los ingresos, el prestigio o el estatus de una aparentemente inacabable variedad de "grupos" deben ser hechos iguales entre sí.

A primera vista, podría parecer que el nuevo igualitarismo grupal es menos extremo y más realista que el viejo credo igualitario individualista. Pues, si cada individuo es realmente igual al resto en ingresos, patrimonio o estatus, entonces se sigue lógicamente que cualquier subconjunto de grupos de individuos será también igual. Desplazar el énfasis del igualitarismo individual hacia el grupal, por lo tanto, deberá implicar conformarse con un grado menos severo de igualdad. Pero esta conclusión confunde completamente el punto fundamental del igualitarismo, viejo o nuevo. Ningún igualitario espera jamás estar realmente en un estado de igualdad absoluta, ni mucho menos comienza su análisis desde ese punto de partida.

Quizás podemos ilustrar la verdadera naturaleza de la campaña por el igualitarismo y la relación entre el movimiento viejo y el nuevo, enfocándonos no en sus patentemente absurdos y autocontradictorios supuestos objetivos de igualdad, como normalmente se hace, sino en los medios necesarios para lograr dichos objetivos: a saber, la llegada al poder del aparato estatal procrusteano, la nueva elite coactiva. ¿Quiénes son la nueva elite procrustea? Es decir, ¿cuáles grupos se necesitan para construir dicha elite? Por una extraña coincidencia, la composición de dichos grupos pareciera corresponder, casi uno a uno, con aquella gente que ha sido más entusiasta sobre el igualitarismo a través de los años: intelectuales, académicos, formadores de opinión, periodistas, escritores, la elite mediática, trabajadores sociales, burócratas, abogados, psicólogos, consultores personales y, especialmente para el siempre acelerado nuevo igualitarismo grupal, un auténtico ejército de "terapistas" y entrenadores de la sensibilidad. Además, desde luego, de ideólogos e investigadores para soñar y descubrir nuevos grupos que necesiten igualdad.

Si estos grupos, de lo que muy informalmente podría llamarse la "inteligentsia" [la elite intelectual], son la fuerza que impulsa la personificación del viejo y el nuevo igualitarismo, ¿cómo espera esta minoría convencer a la mayoría del público de que le entregue en sus manos un aparato de poder despótico? En primer lugar, los intelectuales comienzan con una enorme ventaja, más allá de su relativa pequeñez en número: ellos son dominantes dentro de la "clase formadora de opinión" que intenta dar forma a la opinión pública y frecuentemente tiene éxito en esta tarea. Como es siempre el caso, el estado necesita el apoyo de la clase formadora de opinión para manipular el consentimiento del público. En el igualitarismo viejo, los potenciales gobernantes buscaban atraer hacia su campo, en primer lugar, a los aparentes beneficiarios del programa igualitario --los grupos de ingresos inferiores que serían recipientes de buena parte de la transferencia, o el desplume de los ricos (parte de la transferencia desde los ricos, por supuesto, iría hacia los cofres de la misma elite procrustea, los intermediarios de la transferencia igualitaria de la riqueza). En cuanto a los saqueados ricos, estos serían inducidos a apoyar el sistema, persuadiéndolos de que deben arrepentirse de su "culpa" por ser más ricos que sus empobrecidos conciudadanos. La infusión de culpa es un camino clásico para persuadir a la rica víctima de entregar su riqueza sin ofrecer resistencia.

Por supuesto, cualquier éxito del programa igualitario antiguo llevó a una expansión del número, la riqueza y el poder de la nueva elite procrustea, resultando en una definición cada vez menor de los ingresos de "los ricos" a ser saqueados y una cada vez mayor definición de "los pobres" a ser subsidiados. Este proceso ha estado muy claramente en funcionamiento en los Estados Unidos y en el mundo occidental durante el siglo XX. De estar confinado a los sectores de mayores ingresos, los contribuyentes del impuesto sobre la renta han descendido a los rangos de la mucho más numerosa clase media. Al mismo tiempo, el "nivel de pobreza" a ser subsidiado y consentido ha marchado constantemente hacia arriba, a medida que la "línea de

pobreza" es constantemente aumentada y los subsidiados escalan desde los muy pobres, hacia los desempleados, hasta los más opulentos "trabajadores pobres".

Desde el punto de vista de los igualitarios, sin embargo, la debilidad del antiguo igualitarismo yace en que sólo tiene una categoría de beneficiario, "los pobres" comoquiera que se definan y una categoría de saqueados, "los ricos" (que ellos mismos sean beneficiarios notables siempre se esconde discretamente tras el manto del altruismo y la supuesta experticia. Que cualquier otro señale este punto es considerado poco caballeroso, o aun peor, que está envuelto en la muy despreciada "teoría de conspiración histórica")¹⁸.

A la luz de este análisis, examinemos el nuevo igualitarismo grupal. Como todos sabemos, los neo-igualitarios buscan grupos "oprimidos" que tengan menos ingresos, estatus o prestigiosos empleos que otros, quienes se convierten en los designados "opresores". En el izquierdismo clásico o marxismo, había sólo un supuesto "grupo oprimido", el proletariado. Entonces las esclusas fueron abiertas y las filas de los designados "oprimidos" o "víctimas acreditadas" han proliferado aparentemente sin límites. Comenzó con los oprimidos negros y luego, en rápida sucesión, había mujeres, hispanos, indígenas, inmigrantes, inválidos, los jóvenes, los viejos, los enanos, los muy altos, los gordos, los sordos, y así sucesivamente *ad infinitum*. El punto es que la proliferación es, de hecho, infinita. Cada individuo "pertenece" a una casi infinita variedad de grupos o clases. Tome, por ejemplo, al Sr. John Smith. Él puede pertenecer a un enorme número de clases, por ejemplo, a la de personas llamadas "Smith", personas llamadas "John", personas de 1,60 m de altura, personas de menos de 2 m de altura, personas que viven en Battle Creek, Michigan, personas que viven al norte de la línea Mason-Dixon, personas con un ingreso de..., etc. Y entre todas estas clases, hay un número casi infinito de permutaciones. Se ha llegado al punto de que la única "teoría" de la "opresión" necesaria es si alguno de esos grupos tiene un ingreso, estatus o riqueza menor al de otros grupos. El grupo por debajo del promedio, cualquiera que éste sea, es entonces por definición "discriminado" y, por lo tanto, designado como oprimido. Mientras que cualquier grupo sobre el promedio es, por definición, el discriminador y, por consiguiente, nombrado opresor.

Cada nuevo descubrimiento de grupos oprimidos puede traerle a los igualitarios más partidarios en su búsqueda del poder y también crea más opresores para hacer sentir culpables. Todo lo que se necesita para conseguir siempre nuevas fuentes de opresores son datos [estadísticos] y computadoras y, por supuesto, investigadores del fenómeno --los investigadores mismos constituyendo felices miembros de la elite procrustea¹⁹.

El encanto del igualitarismo grupal para la clase intelectual-tecnócrata-terapéutica-burocrática es, entonces, que proporciona una casi infinita y acelerada oferta de grupos oprimidos para unirse alrededor de los esfuerzos políticos igualitarios.

Entonces, hay muchos más potenciales partidarios que reunir alrededor de la causa que los que se podrían encontrar si sólo "los pobres" estuviesen siendo exhortados a buscar y promover sus "derechos". Y a medida que la causa se expande, desde luego, hay una multiplicación de los empleos y una aceleración del financiamiento mediante impuestos fluyendo hacia las arcas de la elite gobernante procrustea, una característica nada accidental del esfuerzo igualitario. Joseph Sobran escribió recientemente que en el léxico actual "necesidad" es el deseo de la gente de saquear la riqueza de otros, "avaricia" es el deseo de estos otros de conservar el dinero que se han ganado y "compasión" es la función de aquellos que negocian la transferencia. La elite gobernante puede ser considerada la clase "compasiva profesional". Desde luego, es fácil ser visiblemente "compasivo" si otros son forzados a pagar las cuentas.

Esta aceleración del nuevo igualitarismo conlleva, relativamente rápido, a problemas esenciales. En primer lugar está lo que Mises llamaba "la agotamiento del fondo de reserva", es decir, los recursos disponibles para ser saqueados para pagar por todo esto. Como corolario, paralelamente a este agotamiento puede venir la reacción violenta, cuando los genuinamente oprimidos -los saqueados, aquellos que alguna vez William Graham Sumner llamó "El Hombre Olvidado"- puedan hastiarse, rebelarse y sacudirse las cadenas que han atado a este Gulliver y forzado a soportar las cada vez más pesadas cargas parasíticas.

La nueva elite igualitaria

Concluimos con una de las grandes paradojas de nuestro tiempo: que el poderoso y normalmente indiscutible grito por "igualdad" es conducido por el decididamente anti-igualitario objetivo de cabalgar sobre su espalda hacia el cada vez más absoluto poder político, un triunfo que desde luego convertiría a los mismos igualitarios en una elite gobernante en ingresos y en riqueza, así como en poder. Tras las dulces, pero patentemente absurdas, peticiones de igualdad se encuentra un deseo despiadado de colocarse a sí mismos al tope de la nueva jerarquía del poder. La nueva elite intelectual y terapéutica impone su dominio en nombre de la "igualdad". Tal como Antony Flew elocuentemente lo plantea: *la igualdad sirve como la ideología unificadora y justificadora de ciertos grupos (...) el ideal Procrusteano tiene, como está destinado a tener, la más poderosa atracción para aquellos que juegan o esperan jugar en el futuro roles prominentes y provechosos dentro de la maquinaria de su aplicación*²⁰.

En una crítica brillante y mordaz de la actual ascendencia de los intelectuales liberales [socialdemócratas] de izquierda, el gran economista y sociólogo Joseph Schumpeter, escribiendo apenas durante la Segunda Guerra Mundial, señalaba que el capitalismo "burgués" de libre mercado del siglo XIX, al barrer las estructuras

políticas aristocráticas feudales y al retar el rol "irracional" de la religión y las virtudes heroicas a favor del utilitarismo, tontamente logró destruir las defensas necesarias para su propio orden de libre mercado. Schumpeter lo plantea vívidamente: *La bolsa de valores es un pobre sustituto para el Santo Grial.* Schumpeter continúa:

La racionalidad capitalista no se deshace de impulsos sub o superracionales. Simplemente los hace salirse de sus cabales al eliminar las limitaciones de la tradición sagrada o semisagrada. En una sociedad que carece de los medios, e incluso la voluntad de guiarlos, dichos impulsos se rebelarán (...) De la misma manera que el llamado por credenciales utilitarias nunca ha sido dirigido a los reyes, señores y papas en un estado de ánimo judicial que aceptarían una respuesta satisfactoria, el capitalismo enfrenta su juicio ante jueces que ya tienen la sentencia de muerte en sus bolsillos. Dichos jueces dictarán esta sentencia, sin importar la defensa que puedan escuchar; el único logro que una defensa victoriosa quizás pueda producir es un cambio en la acusación.

El proceso capitalista, agrega Schumpeter, *tiende a eliminar estratos protectores, a deshacer sus propias defensas, a dispersar las guarniciones de sus trincheras.* Además,

el capitalismo crea un estado de ánimo crítico que, después de destruir la autoridad moral de tantas instituciones, al final se vuelve contra la suya misma; el burgués se encuentra para su asombro con que la actitud racionalista no se detiene ante las credenciales de reyes o papas, sino que pasa a atacar la propiedad privada y el esquema entero de valores burgueses.

En consecuencia, señala Schumpeter, *la fortaleza burguesa se hace políticamente indefendible. Pero,*

fortalezas indefensas atraen agresiones, especialmente si hay ricos botines en ellas (...) Sin duda es posible, durante algún tiempo, sobornarlas. Pero este recurso falla apenas [los agresores] se dan cuenta que pueden tenerlo todo.

Schumpeter nota que esta explicación para la creciente hostilidad hacia el capitalismo de libre mercado en una época en la que había traído al mundo libertades y prosperidad sin precedentes, es confirmada por el impactante hecho que,

había poca hostilidad [hacia el capitalismo de libre mercado] en principio en tanto la posición burguesa estaba a salvo, aunque había entonces muchas más razones para la hostilidad, esta se propagó *pari passu* con el derrumbamiento de las barreras protectoras²¹.

A la cabeza y en el centro nervioso del vigoroso empuje para tomar ventaja de esta debilidad burguesa han estado los intelectuales izquierdistas, una clase multiplicada vastamente por la prosperidad del capitalismo y particularmente por

continuos y vastos subsidios gubernamentales a las escuelas públicas, la educación formal y a las comunicaciones modernas. Estos subsidios no sólo ayudaron a crear una enorme clase de intelectuales, sino también les proporcionaron --así como al aparato estatal-- por primera vez en la historia las herramientas necesarias para adoctrinar a la masa del público en general²². Además, como el orden de libre mercado burgués está profundamente comprometido con los derechos de propiedad privada y, en consecuencia, con la libertad de expresión y de prensa, por los mismos principios en el corazón de su sistema, [los burgueses] se encuentran imposibilitados de "disciplinar" a los intelectuales, usando la frase de Schumpeter *meter en cintura a los intelectuales*. Así, los intelectuales, criados en el seno de la sociedad capitalista de libre mercado, toman la primera oportunidad para volverse salvajemente contra sus benefactores, *para roer las fundaciones de la sociedad capitalista* y, finalmente para organizar una campaña por el poder, usando su virtual monopolio del proceso de formación de la opinión [pública], mediante la perversión del significado original de palabras como "libertad", "derechos" e "igualdad"²³.

Quizás el aspecto más esperanzador de este proceso es que, tal como el difunto sociólogo Christopher Lasch señalara en su nuevo trabajo, los valores, actitudes, principios y programas de la cada vez más arrogante elite intelectual izquierdista están tan fuera de sintonía, tan en conflicto con los de la masa del público estadounidense, que una poderosa reacción contrarrevolucionaria es probable que ocurra y, de hecho, pareciera estarse propagando rápidamente en este momento a lo largo del país²⁴.

En su brillante ensayo, *Equality as a Political Weapon* Samuel Francis gentilmente regaña a los opositores conservadores del igualitarismo por gastar una enorme cantidad de energía en críticas filosóficas, históricas y antropológicas del concepto y la doctrina de la igualdad. Toda esta *crítica formal*, por muy satisfactoria y reveladora, declara Francis, realmente le da de lejos al punto:

En un sentido, creo que ha sido hacer leña del árbol caído, más estrictamente, de un árbol de mentira, una bestia que existe sólo en leyendas. El error, creo yo, es que la doctrina formal de la igualdad es en sí misma inexistente o al menos irrelevante²⁵.

¿Cómo así? La doctrina de la igualdad es irrelevante, explica Francis, porque *nadie, excepto quizás Pol Pot o Ben Wattenberg, realmente cree en ella y nadie, al menos entre aquellos que la profesan más ruidosamente, está seriamente motivado por ella*. Aquí Francis cita al gran Pareto:

un sentimiento de igualdad (...) está relacionado con el interés directo de los individuos que están inclinados a escapar ciertas desigualdades que no están a su favor y a erigir nuevas desigualdades que sí estén a su favor, siendo estas últimas su principal preocupación²⁶.

Entonces Francis señala que el *verdadero significado* de la *doctrina de la igualdad*, así como su *verdadero poder como fuerza social e ideológica*, no puede ser contrarrestado con críticas meramente formales. Pues,

el verdadero significado de la doctrina de la igualdad es que sirve como un arma política, para ser desenvainada cada vez que sea útil para derribar barreras --ya sean humanas o institucionales-- al poder de aquellos grupos que la llevan en la cintura²⁷.

Por lo tanto, para montar una **respuesta efectiva al reinante igualitarismo de nuestra época es necesario, pero apenas suficiente, demostrar lo absurdo, la naturaleza anti-científica, contradictoria de la doctrina igualitaria**, así como las desastrosas consecuencias del programa igualitario. Todo eso está bien. Pero no capta la naturaleza esencial, así como la refutación más efectiva, del programa igualitario: exponerlo como una máscara de la búsqueda del poder de la elite izquierdista y mediática que gobierna actualmente. Ya que estas elites son las hasta ahora indiscutibles clases formadoras de opinión en la sociedad, su dominio no puede ser desplazado hasta que el oprimido público, instintiva pero incipientemente opuesto a estas elites, aprecie la verdadera naturaleza de las odiadas fuerzas que lo gobiernan. Para usar las frases de Nueva Izquierda de finales de los años 60, **la elite gobernante debe ser "desmitificada", "deslegitimada" y "desantificada"**. Nada puede avanzar más su desantificación que la comprensión pública de la verdadera naturaleza de sus eslóganes igualitarios.

Notas

1. Me doy cuenta que los especialistas en abejas u hormigas señalarán la existencia de la división del trabajo entre varios grupos de estas especies, pero permanezco escéptico respecto a que una hormiga o abeja individual tenga una "personalidad" digna de ser honrada, extrañada o denunciada.
2. Así, el gran filósofo árabe de finales del siglo XI al-Ghazali denunciaba la idea de la igualdad obligada y advertía severamente que el compartir la riqueza debía ser voluntario. Véase S.M. Ghazafar y A.A. Islahi, *The Economic Thought of an Arab Scholastic: Abu Hamid al-Ghazali (1058-1111)*, *History of Political Economy* 22 (Verano 1990): 381-403.
3. Antony Flew, *The Politics of Procrustes: Contradictions of Enforced Equality* (Buffalo, N.Y.: Prometheus Books, 1981), frontispiece.
4. J.R. Lucas, *Against Equality Again*, *Philosophy* 52 (Julio 1977): 255.
5. Henry C. Simons, *Personal Income Taxation* (Chicago: University of Chicago Press, 1938), p. 19.
6. Richard Nisbet, *The Pursuit of Equality*, *The Public Interest* 35 (1974): 103, citado en Antony Flew, *Politics of Procrustes*, p. 20.
7. Citado en *ibid.*, pp. 22, 187.

8. El impuesto sobre la renta progresivo, una de las herramientas favoritas de los igualitarios para ayudar a igualar los ingresos, desprecia la diferencia en patrimonio. Como consecuencia, apenas si es excéntrico para multimillonarios con bajos ingresos anuales, apoyar impuestos progresivos que paralizarían a sus ascendentes jóvenes competidores con altos ingresos, pero poco patrimonio. Véase Ludwig von Mises, *Human Action*, 3rd rev. ed. (Chicago: Henry Regnery, 1966), p. 809.
9. Sobre el ideal marxista de la abolición de la división del trabajo, véase Murray N. Rothbard, *Freedom, Inequality, Primitivism, and the Division of Labor* (Menlo Park, Calif.: Institute for Humane Studies, 1971), pp. 10-15 (reimpreso en 1991 por el Instituto Ludwig von Mises) y Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy*, 2ª edición (New York: Holmes and Meier, 1990).
10. Flew, *Politics of Procrustes*, pp. 11-12, 62.
11. Frank Parkin, *Class Inequality and Political Order* (London: Paladin, 1972), p. 183; citado en Flew, *Politics of Procrustes*, pp. 63-64.
12. Murray N. Rothbard, *Freedom, Inequality, Primitivism, and the Division of Labor*, 2ª ed. (1971; Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1991); y Rothbard, *Egalitarianism as a Revolt Against Nature*, en *Egalitarianism as a Revolt Against Nature and Other Essays* (Washington, D.C.: Libertarian Review Press, 1974), pp. 1-13.
13. Helmut Schoeck se refiere a la *absoluta igualdad de oportunidades que prevalece en un juego de azar, el cual, tal como todos saben desde el principio, sólo puede ser ganado por unos pocos*. Schoeck señala que *el ganador del premio gordo es muy poco envidiado. Esto es debido a la verdadera igualdad de oportunidades y de la naturaleza absolutamente fortuita de la selección del ganador. Una esposa no se quejaría con su esposo por no haber comprado el boleto acertado de la lotería (...) nadie podría sufrir seriamente de un complejo de inferioridad como resultado de sus repetidos fracasos*. Helmut Schoeck, *Envy: A Theory of Social Behavior* (New York: Harcourt, Brace and World, 1970) p. 240
14. Ibid. p. 151.
15. Para penetrantes ejemplos de esta *distopía* en obras de ficción, véase L. P. Hartley, *Facial Justice* (London: Humish Hamilton, 1960) y Kurt Vonnegut, Jr., "Hamson Bergeron" (1961), en *Welcome to the Monkey House* (New York: Dell, 1970), pp. 7-13.
16. Schoeck, *Envy*, p. 295.
17. Martin Buber *Paths in Utopia* (Boston, Beacon Press, 1958), pp. 144ff; Schoeck *Envy* pp. 298-99.
18. Me parece a mí que lo que se necesita para percibir estas relaciones no es una altisonante "teoría", sino una disposición a apartar las cortinas de ofuscamiento, ver lo que en realidad está sucediendo y aceptar que el Emperador no tiene ropa.

19. Sobre el nuevo igualitarismo grupal, véase Rothbard, *Freedom, inequality and primitivism, and the division of labor*.
20. Flew, *Politics of Procrustes*, pp. 11-12.
21. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (New York: Harper & Bros., 1942), pp. 137, 143-44.
22. Para una discusión iluminante sobre el uso de tales subsidios y tecnologías por las elites políticas y mediáticas para manipular el apoyo de las masas, véase Benjamin Ginsberg, *The Captive Public: How Mass Opinion Promotes State Power* (New York: Basic Books, 1986), pp. 86-98.
23. Schumpeter, *Capitalism*, p. 150.
24. Véase Christopher Lasch, *The Revolt of the Elites*, Harper's 289 (November 1994): 3949.
25. Samuel Francis, *Equality as a Political Weapon*, *Essays in Political Economy* 10 (July 1991): 2. El ensayo fue presentado originalmente como una clase en la conferencia del Instituto Ludwig von Mises sobre "Igualdad y la sociedad libre" en abril de 1991. También publicado en *Beautiful Losers: Essays on the Failure of American Conservatism* (Columbia, Mo.: University of Missouri Press, 1993).
26. Samuel Francis, *Beautiful Losers: Essays on the Failure of American Conservatism*, pp. 208-9. La cita de Pareto viene de *The Mind and Society de Pareto* (New York: Harcourt, Brace, 1935), vol. 2, pp. 735-36.
27. Francis, *Beautiful Losers*, p. 209.